

Poema irreversible

La memoria es irreversible. Como el ritmo. El olvido puede ser una orilla del alivio o una sumisión a los poderes reinantes. Laura Estrin hace retratos irreversibles porque no le tiene miedo ni a la memoria ni al olvido. Menos que menos al orden de la sintaxis. Y sus efectos sobre la vida de los que no piden permiso.

Así que sus retratos son esbozos, fragmentos, anotaciones en el diario. Y ese es el sesgo de estas impresiones: nombran y despliegan a la vez, amontonan escenas, recuerdos, tiempo. El presente del que lee se llena de ecos de ese pasado, que no es tradicionalismo, es un futuro infinito. Laura Estrin muestra que el éxito social no tiene nada que ver con la lectura, la literatura tampoco, puesto que ya es una institución contra ese clandestino que es el lector. El que retrata lee, el que anota lee, el que traduce, si no se somete a la normalización, lee. *Memoria irreversible* trabaja contra el borrado. Que trabaja para borrar todo lo que estos escritores le hicieron a la lengua argentina.

Laura Estrin no se propone como mediadora. Solo retrata. No recurre al “esnobismo evangélico”. Como es consciente de la censura ambiente, recurre a Boris Pasternak :

Si por razones de censura no podemos decir nada significativo sobre el paso del tiempo, porque es historia, sobre los caracteres, porque es sociología, ni sobre la naturaleza, porque es una visión del mundo, entonces vale más no decir nada o inventarse una salida.

Pasternak, *Carta a un amigo*

Y se dio una salida. Este libro único. Retratar es releer. Y justo ahí empieza la lectura (Meschonnic). *Memoria irreversible* trabaja contra la indistinción, que es la renuncia a la lectura.

Laura Estrin tiene la historicidad del retrato, que no es lo mismo que la imitación. Y tampoco es un género. Con el género se tropieza, si uno escribe. El género es un salón de encuentros, lo social de la literatura, toma y daca. Estrin sigue otro camino- Oye su subjetivación, no sus propios ecos. Y hace *retrato*. Y hay tantos retratos como retratados.

Laura Estrin tiene sus hápax. Los escribe acá. Irina Bogdachevski es uno de ellos : «Irina arrastra eras. Un mundo. Su mundo de varios mundos. Lo que nos decía, lo que traducía, lo que sabía, lo que amaba. Irina cruzó entero el siglo XX. De Rusia a Europa y de Europa a Buenos Aires. Parece literario pero es verdad.»

Y otro hápax, de mis preferidos, genio absoluto como quien dice oído absoluto : «Luis Thonis no era un profesional de la escritura, en el sentido en que Muray dice que hay vanguardistas profesionales, polemistas profesionales, intelectuales, discutidores profesionales, profesores y escritores profesionales. Profesional es lo contrario de guerrero, es lo opuesto a un cuerpo. Luis era un guerrero, había elegido muy explícitamente esa figura.» La tiña literata insiste en borrarlo.

Trato de no contar nada del libro. Que el lector sepa que todos estos nombres de una u otra manera escribieron libros no autorizados. Estrin tira los dados. O abre un camino. Como quieran. Ni mitifica ni desmitifica. Pone el valor en juego, lo que cada uno de esos nombres vale para ella.

Estrin cita, camina por sus citas, las escribe, es algo más que esa obviedad académica de la apropiación, palabreja detestable si las hay. Laura Estrin se las pone el bolsillo para cada retrato.

La literatura, que se volvió alcahueta poétizante de la filosofía, ama los instantes tranquilos, los lugares seguros, el territorio de la aprobación. *Memoria irreversible* los conmueve, no usa nombres

para hacer crítica literaria. «Libertella observaba, actuaba poco. Se diría que solo escribía. Su elegancia pública era un hábito, un modo de ser permanente. En un mundo de ninguna sutileza, Héctor pasaba por *teórico* cuando hacía años que su obra era pura vida, puro devaneo real. Sus ensayos son formas inesperadas en la crítica argentina que es, en general, estúpidamente letrada, *paperizada* (mezcla de papers y pauperización), él sabía que lo que quedaba era divertirse en la propia mirada, en el propio ojo.»

Laura Estrin sabe que los elefantes críticos están ahí para impedir que se lea el poema que un hápax escribe. Y nos muestra, uno por uno, lo que esos poemas *hacen*, no lo que *dicen*. Les escucha la voz. Y hace presente lo que la crítica profesional ausenta con su lengua estereotipada. Laura Estrin escucha el canto del canario o la sintaxis de Irina Bogdachevski cuando escribe sus traducciones. Hace el retrato de una traductora intempestiva, que no traduce del ruso, traduce de lo Tesvetàieva o de lo Sklovski. Esa posta la sigue Fulvio Franchi. Es un continuo que va de un traductor a otro. Como de un poeta a otro.

Memoria irreversible abre y complica la construcción de serie que arman los que ocupan lugares en el territorio de aprobación. Ni aprueba ni desaprueba. Dice algo fuerte: el pasado no está comprado, hay un futuro del pasado, es libro de posibilidades para el lector átomo libre, y un problema para el profesional del saber.

También arriesga definición de entrerriano en el Retrato Ricardo Zelarayán :

«Viernes 18 de agosto

Anillos nuevos. Llama Zelarayán: hablamos del mate, él dijo ser un viejo verde y yo le dije que sí, por entrerriano-panza-verde. Él lo toma sólo en compañía. Para él, solo, acentúa la soledad. Nada más. No es entrerriano, solo a medias, pienso y río. »

Así que para ella, entrerriano no es una esencia, es, entre otras cosas, la manera de tomar mate. De leer a Mastronardi, de poner el idish. Todo eso le hace su *maniera*.

Laura Estrin nos muestra que solo nos aproximamos a los autores que amamos por medio de notas, diarios, fragmentos, alusiones. Con notas, ella les responde, se inventa una cámara de ecos que va de uno a otro. Contra la polilla crítica que se come la tela, para parafrasear a Claudel, sin el ánimo de irritar a los surrealistas de este libro. Estrin leyó mucho a Tsvietàieva y sabe hilar de poeta a poeta.

Memoria irreversible plantea también esa pregunta de la guerra del poema : ¿de quién se es contemporáneo, y de qué?, pregunta que todos quieren declarar inexistente. Laura Estrin demuestra que uno es contemporáneo de las afinidades electivas, de la decisión de leer y escribir sin red. Su manera de citar no forma parte de la misa académica, de la capúa que organiza la lectura en el territorio de la aprobación. Y quiere ocupar todo el espacio. Son los que pasaron de la conciencia crítica a la buena conciencia intentado borrar con la fuerza de la polilla claudeliana a todos los autores que escriben fuera de la época. Que no le responden. La época es siempre muy *exigente*. Este libro no es un producto, es una actividad, tampoco es *sobre* esos autores que retrata, es retrato uno por uno *con* ellos. Fuera de los contemporáneos que, como dijo alguien, no saben leer.

Es un libro escandaloso para la crítica, ese mausoleo, porque habla de los collares de una poeta, de lo insoportable de otro, de caprichos y sombreritos. Pero Laura Estrin no parte de esas cosas, *pone* esas cosas en su cuento de hadas. Desborda la biografía porque no deja el cuento de hadas para otra vez, lo trae acá, y nos lo regala. Hay que leerlo o dejarlo. No se resientan si no pueden, la época ofrece mucho material legible, pueden ver ese noticiero.

Y justamente, la sintaxis normalizada no puede nada con la cita, se angustia. *Memoria irreversible* exige una concentración en la cita, seguirlas, son luces, hitos, se hacen y deshacen en el libro, como el sentido. «*Quisiera poner en el cuadro mi apreciación, el amor que le tengo.*» (M. Tsvietáieva), o «*Un retrato no es una identificación (...) Sino la curva de una emoción.*» Ph.Sollers. Arte de la cita es arte de la lectura.

Laura Estrin pone sus retratos en el poema irreversible, ese que la retórica no puede borrar, haga lo que haga. Y que hay que leer, también irreversiblemente.

Hugo Savino